

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 36.

SUMARIO.

ISABEL LA CALOLJCA, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — POESIA, por José Salvador de Salvador. — UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — VENGANZA, *poesia* por José Arturo Poggio. — EL CONDE DE MOLLERUCA, por J. F. — SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

MUJERES CELEBES.

Isabel la Católica.

Al empezar á dar á conocer en las columnas de nuestro modesto periódico la vida y los hechos de algunas mujeres que han sabido hacerse célebres, hemos dado sin vacilar la preferencia para que figure al frente de ellas á la grande, á la magnánima, á la heroica, á la incomparable Isabel primera, honra de nuestra patria, y brillante y purísima estrella que ilumina con su luz los estensos y hermosos horizontes del cielo de nuestra historia.

¡Quién cual ella merece este puesto!

Oh! ninguna.

Buena, virtuosa, amante, impecable y llena de bondad como esposa y como madre, fuerte, sublime, digna y sin rival como reina: reuniendo en su corazon los alientos de un héroe y en su mente las grandezas y las atrevidas concepciones de un genio; Isabel es el tipo perfecto de la mujer y de la soberana, y el modelo acabado de la cristiana, cuya ardiente fe justifica el título de Católica, que enaltece como con una luz celestial el brillo incomparable de su glorioso nombre.

Isabel nació en Madrigal, el 22 de abril de 1451, siendo su madre Doña Isabel de Portugal, y su padre Don Juan segundo de Castilla.

El rey su padre, casado en primeras nupcias con Doña Maria de Aragon, llevaba un hijo, el infante Don Enrique, cuando contrajo su segundo matrimonio con Isabel de Portugal, á los pocos meses de muerta Doña Maria.

Fruto de este segundo enlace fueron tres

hijos, Don Juan, Don Alfonso y Doña Isabel, invicta reina despues de Castilla y Leon.

Tres años despues del nacimienío de Isabel, murió su padre, y esta pérdida afectó de tal modo el corazon de la reina su esposa, que presa del mas profundo dolor, y enferma y debilitada su razon, se retiró de la corte, fijando su residencia en Arevalo, acompañada de sus hijos.

Allí pasaron los primeros años de Isabel, y allí recibió una educacion conveniente á su clase, basada siempre en los principios del catolicismo, pues el mayor afán de su buena madre fue grabar en el tierno corazon de la niña los elevados y puros sentimientos religiosos de que dió tantas muestras despues.

Isabel era hermosa, de gallardo y nobilísimo porte, de mirada dulce y serena, pero en la cual se revelaba la inquebrantable firmeza de su alma, su frente era ancha y elevada, y parecia que en ella habia espacio para una corona. Su talento superior y precoz dominó muy pronto todas las dificultades que el estudio ofrece, y á los doce años, su juicio recto y sus amplios conocimientos demostraban que la niña era ya una mujer, y mujer de una inteligencia admirable.

A esta edad, su hermano Enrique IV, la llevó á su palacio, en la apariencia para terminar y perfeccionar su educacion de un modo mas brillante, en realidad, y como dice muy bien el Padre Flores, para que los descontentos del reino no hicieran de su nombre una bandera de rebelion.

Isabel apareció pués, en lá corte de Castilla como un sol luciente lleno de brillo y esplendor, su encantadora amabilidad, su virtud, su raro ingénio, y sobre todo su caracter enegico y lleno de una soberana magestad la atraieron el cariño de su cuñada la reina Doña Juana, y aun de su mismo hermano que á su pesar se veia obligado á hacer justicia á sus admirables cualidades.

Su nombre empezó entonces á pronunciarse con respeto y admiracion, y los grandes y el pueblo á fijar en ella su atencion, y á mirarla como á la verdadera y legítima sucesora de su

hermano Don Enrique, á pesar de haber jurado ya como heredera del trono á la princesa Doña Juana, nombrada despues La Beltraneja.

El rey, aunque poseyendo por su desgracia una muy limitada inteligencia, comprendia los sentimientos que la jóven inspiraba, y temiendo las consecuencias que esto pudiera atraer, trató de evitarlas, dándola un esposo, que la alejara de la corte.

Sin consultar para nada su voluntad, concertó sus bodas con el príncipe de Viana, primogenito del rey de Navarra y Aragon. La muerte desgraciada de este príncipe desconcertó los proyectos de Enrique, dejando á Isabel libre por algun tiempo mas.

Pero como su ascendiente crecia, como los nobles la adoraban, y la plebe la bendecia, los temores del rey tomaron mayor cuerpo, y la idea del matrimonio de su hermana volvió á jermínar en su mente, y sus miradas se fijaron en el rey de Portugal para llevar á cabo la realiizacion de su deseo.

Tampoco este proyecto pudo llevarse á buen término, y Enrique se vió burlado en sus anheladas esperanzas.

Casar á su hermana, inutilizarla para subir al trono, ó alejarla de la corte, era su mas ardiente sueño, y cuantos mas obstáculos hallaba para ello, mas se aumentaba su afán de conseguirlo.

Resuelto pues á todo, y viendo frustrados aquellos dos enlaces ideados, pensó unir la suerte de la jóven Isabel á la del maestre de Calatraba, hombre inferior, no solo en rango y nacimiento á la ilustre infanta, sino en las condiciones de su caracter, de sus sentimientos y de su génio.

Esta vez Isabel protestó de aquella resolucion en que se disponia de su corazon, de su porvenir y de su suerte, sin contar para nada con su voluntad.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilches.

Poesia.

Me ha atormentado con su ruin alarde
la soberbia de algunos altaneros;
mas humillolos mi humildad, que es fuerza
que vence siempre á aquellos.

La envidia me ha mordido cautelosa,
infiltrando en mi sangre su veneno;
pero mi caridad sanó la herida,
amando y absolviendo.

Con su falsia y su traicion el mundo
me burló y engañó cobarde, artero;
mas mi verdad triunfó de sus victorias
y restauró mi imperio.

Hasta la injuria y la calumnia infames
lanzaron sobre mí su vilipendio,
y mi fé en Dios sacome de sus garras
impoluto é ileso.

Solo no hallo en esta vida triste
contra un monstruo fatidico remedio...
¡Solo la ingratitud de los que amo
me vá á robar el cielo!

José Salvador de Salvador.

UN MAR
SIN PUERTO

Novela original

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez

(CONTINUACION.)

Un grito agudo dió á conocer á Fausto que habia sido reconocido, y dos brazos encadenándose con fuerza á su cuello le probaron al par que en nada habia amenguado la ternura de aquel seno amante que le habia dado la vida.

—Hijol ¿eres tú? dijo Gabriela cuando las lagrimas y los sollozos la dejaron hablar ¿eres tú, eres tú? por que no has avisado tu llegada? por qué no decirnos?

—Y mi padre? preguntó Meran, sin contestar á las palabras de Gabriela, y mi padre? donde está?

—Ven, ven conmigo, dijo la pobre madre, sin dejar de abrazarle, ven conmigo y le verás.

Guiado por ella penetró en el interior de la casa, y un instante despues estaba al lado del anciano que le recibió con la misma ternura que su madre, aun que contenido con sus demostraciones por un profundo y terrible dolor.

—¿Porqué no estamos en nuestra antigua casa? fué la primera palabra de Fausto, ¿porqué otros están allí? ¿será verdad lo que me han dicho?

—El qué? muamuró el anciano Pedro, comprendiendo á su hijo, pero retardando su respuesta.

—Que nuestra casa ha sido vendida.

—Es cierto, dijo el anciano mientras la emocion hacia su voz temblorosa, es cierto: aquella casa ya no es nuestra!

—Y porqué? añadió el jóven, y porqué despojarse de una morada que tantos recuerdos debía encerrar para V.?

—Oh! muchos! exclamó Pedro más conmovido cada vez mas, allí murió mi padre!

—Allí naciste tú! dijo Gabriela á su vez conteniendo en vano las lágrimas.

—Entonces, dijo Fausto ansiando llegar hasta el fin: entonces... porque no conservarla... por que...

—Porque para que tu pudieras vivir en Madrid, hijo mio, ha sido forzoso que nosotros dejemos nuestra amada casa, que nosotros vivamos aquí,

Fausto se quedó mudo: no se atrevió á continuar.

Su padre que tomó su silencio por una muestra de pesar.

—Tranquilízate dijo, nosotros nada hechamos de menos, nada queremos sino verte feliz, tú lo eres, puesto que tus estudios adelantan, que tu porvenir...

—Además, añadió Gabriela, con el dinero que te hemos mandado, habrás vivido bien, no habrás sentido el tormento de las privaciones, la agonía de las faltas; hasta, hasta... quizás tengas algún dinero, alhajas, ó recursos...

Al decir esto, una ansiedad terrible se pintaba en el semblante de aquella madre, cuyo único pensamiento era el de buscar los medios de librar á su hijo de ser soldado, dado caso que la suerte le designara como tal.

Con la mirada fija en el joven aguardaba la respuesta: respuesta que podía encerrar una esperanza ó una terrible desepción.

—Madre, exclamó Fausto con frialdad, madre la vida de Madrid es muy cara, y lo que á V. parece suficiente, ha sido en realidad muy poco.

—¿Luego nada te queda á ti tampoco, nada poses! balbuceó con aliento la pobre mujer.

Yo como podía V. suponer... esa pregunta es extraña y no comprendo en verdad su objeto.

—Perdona hijo mío, murmuró el desgraciado padre, es que...

El anciano calló, no se atrevió á continuar.

—Es que, dijo entonces la madre con ímpetu, es que necesitamos dinero, dinero para esos hombres que gobiernan, á esos hombres que arrancan los hijos del seno de sus madres, que los llevan á la guerra, á la guerra que empapa en sangre las heredades, que tala los campos; á la guerra donde se mata y se muere sin defensa y sin consuelo.

Las lágrimas cortaron la voz de Gabriela, mientras Pedro inclinaba la frente contagiado por aquella desesperación.

—Vamos, ¿porqué se aflige V. así, madre mía? yo creo que nada tengo que ver con los horrores y peligros que amenazan al pobre soldado, yo no he de serlo! si nuestra suerte ha cambiado, si ya no somos lo que antes, al menos, estoy seguro que mi padre habrá recordado que podía llegar ese momento, y habrá conservado lo necesario para evitar... Oh! deberes tan sagrados no se dan al olvido nunca!

El anciano se estremeció, la especie de reproche que le dirigía aquel hijo tan locamente amado, le hería en lo más profundo del corazón.

Nada contestó á aquellas palabras y Merán continuó.

—Por eso he venido aquí, en la idea se terminan más pronto estos enojosos asuntos. Después volveré á la corte, y ya veremos... si ya veremos, con un último esfuerzo por su parte... Pero yo estoy rendido y necesito descansar algunas horas, hágame V. preparar una habitación madre.

Gabriela se levantó, cogió una luz y fué á disponer á Fausto un lecho en su propio cuarto, el más aceptable de toda la casa.

Gracias al desvelo maternal, gracias á sus cuidados que solo una mujer amante puede prodigar, el joven no encontró tan molesta su estancia en aquella pobre morada.

Una hora después dormía, mientras Pedro y Gabriela veían aun en la estancia inmediata.

—Le has oído? decía el anciano fijando sus ojos en la compañera de su vida. ¿Le has oído? todo lo hemos sacrificado por él, y sin embargo...

—No te culpes; se apresuró á decir la infeliz madre; no te culpes, ¿qué sabe el lo que nos cuesta el haber querido elevarle, hacerle un hombre superior?

—Calla, Gabriela, acaso puede ignorar?

—Nosotros todo se lo hemos ocultado, cuando le hemos enviado las cantidades que pedía, jamás le hemos dicho: «esto es el producto de la venta de nuestros bienes, esto es algunas brazadas menos, de las tierras que son tu patrimonio.» No, hemos callado, hemos callado, y quien sabe el mal que hemos hecho!

—Que dices, Gabriela, tú también?

—Oh! yo le amo, es mi hijo, es mi bien, pero comprendo ahora el mal que hemos hecho!

—Dios mío!

Le hemos dejado ver un mundo que no era el suyo, gustar de unos placeres que no le son dados, aspirar á una existencia que nunca podrá lograr! ay de nosotros Pedro, ay! de los padres que en la vanidad de su amor quieren levantar á sus hijos sobre el nivel de su fortuna, quieren hacerles superiores á ellos mismos! cuántas lágrimas les esperan.

—No te comprendo.

—Pues qué, no has visto...?

—Qué?

—Que Fausto no nos ama!

—¿No amarnos él?

—Oh! no se oculta un pliegue del corazón de un hijo á la mirada de una madre. En sus ojos no había lágrimas de alegría al estrecharme entre sus brazos, no había en su voz una inflexión del alma para llamarme madre mía!

—Pero tú?...

—Yo le adoro, qué puede influir en mi cariño su desdago ó su ternura. Acaso en el amor maternal

hay egoismo? no es por ventura el que mas se asemeja al amor de Dios, por su abnegacion y su indulgencia. Yo le adoro. Pedro, yo le adoro; y estas frases que acabo de pronunciar, depositándolas en tu seno, quiero que las olvides, que las olvides para siempre, porque si otro me las dijera me ofenderian y si era un amigo renegaria de su amistad, y si eras tú... si eras tú no renegaria de tu cariño, pero creeria que no eras buen padre.

Aquella mujer hablaba muy bajo, muy bajo: temia no sé, si que Fausto se despertase, no sé, si escucharse á sí misma.

Pedro profundamente conmovido, la oia sin interrumpirla comprendiendo la verdad de sus desconsoladoras razones.

Y en medio de la amargura que inunda mi corazon al comprender la frialdad de su acento, gozo con escucharle porque es suyo, porque es mi hijo el que habla, y yo no atiendo á sus frases, sino al sonido de su voz. Oh! Pedro, no somós ricos: nada nos queda que darle ya, y ¿lo creerás? siento el haber perdido nuestra modesta fortuna, por no poder venderla otra vez para ofrecerle su producto de nuevo, pero ¡ay! nada nos queda, nada! ya lo sabes, ni aun lo preciso para comprar su libertad si dentro de ocho días...

A este pensamientos Gabriela no pudo contener sus lagrimas y casi ahogada por ellas murmuró estrechándose contra el seno de su esposo.

—Ay! Pedro, Pedro yo moriré si esto sucede.

El anciano la oprimió contra su corazon.

Gabriela habia sido su solo amor en el mundo y aquella pena ay! le desgarraba el alma.

Ay! bien puede decirse que el desgraciado no sentia sus dolores, ante el dolor de su mujer.

—Vamos, la dijo, ten valor, esposa mia, ten valor: Dios hará que él no saque bola negra.

—Oh! sí: Dios tendrá piedad de mí.

—Y en todo caso ¿qué? preguntó Gabriela con un acento en que la ansiedad, la fuerza y la angustia mezclaban.

—Sufriremos, pero sufriremos juntos: unidos; nos consolaremos los dos.

—Para mí no habrá consuelo!

—Mi cariño probado tantos años...

—Que me importa nada en el mundo, si pierdo á mi hijo.

—Te quedo yó!

—Mi hijo, mi hijo es mi vida repitió la madre con estravio.

—Gabriela!

—Mi hijo! dijo ella de nuevo, sin reparar en el dolor y en el asombro del anciano.

Pedro no contestó ya nada. Las frases de aquella mujer le habian herido en lo profundo del alma.

El creia serlo todo para ella, como en treinta años lo habia sido todo para él.

La decepcion habia sido terrible.

Hay sentimientos que pueden comprenderse, pero no explicarse.

De los ojos del anciano se desprendió una sola lagrima, y mirando á Gabriela con expresion indefinible.

Tranquilízate, dijo. Yo te juro en nombre del amor que siempre te he tenido que Fausto no será soldado.

—¿De verás? exclamó ella con el frenesí de la alegría y el sobresalto de la duda ¿de verás?

—No sé mentir!

—Pero...

—Te repito que aunque la suerte le sea funesta, no será soldado.

—Y ¿conqué medios cuenta? qué harás?

—No me lo preguntes!

—No me lo preguntes!

—Cómo!

—Es mi secreto! pero recobra la calma y confía en mí.

La inmensa alegría de la madre, hizo á la esposa no reparar en lo sombrío del rostro de Pedro al repetirle su promesa.

Los dias se sucedieron unos á otros, con esa rapidez con que se desliza el agua de un torrente, ó como se escapa de una mano calenturienta un puñado de nieve, trocada en nada y deshecha con el calor.

Fausto habia oido de los labios de Gabriela algunas palabras llenas de confianza en lo porvenir, pues para elló, toda la mayor desgracia consiste en ver al jóven formando parte del ejército, una vez perdido este temor, lo demas le parecia insignificante y pequeño.

Meran habia conñado tambien en lo futuro, mas aun, creia que sus padres aun conservaban algo de su caudal, y se prometia con algunos dias de paciencia y fingimiento, volver á Madrid con recursos para seguir algunos meses mas en su vida de disipacion.

El tiempo, como ya dijimos, trascurrió así. Y á medida que se acercaba el momento decisivo, Gabriela temblaba á su pesar, y Pedro aparecia mas triste y preocupado.

Amaneció por fin el día designado para el sorteo, día de lágrimas en aquel pequeño pueblo para todas las madres.

La multitud acudió desde temprano á la plaza pública, y aguardaba con impaciencia el resultado.

Todos los vecinos de la aldea estaban interesados en aquel juego de la suerte.

Todos tenían hijos, hermanos, amigos, por quien temer, y todos se reunían, se comunicaban sus temores ó sus esperanzas, sus proyectos y sus votos.

Sola y en un extremo, separada de todos, pálida y con el semblante descompuesto estaba Gabriela.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez

Venganza.

I.

Mi alma la quiso cual las tiernas aves
Aman el nido que su fruto encierra;
Mi alma la quiso, como el triste esclavo
Mirarse libre de prision desea;
Mi alma la quiso cual las flores quieren
La luz que brilla en la celeste esfera;
Como á sus trinos, ruiseñor canoro;
Como quiere á sus cantos el poeta;
Como las auras quieren los perfumes,
Como las rosas aman la pradera;
Como las ondas de revueltos mares
Aman la playa por besar su arena.

II.

En los dos soles que por ojos tiene
Y luz al sol con su mirar le prestan,
Mi afán constante de cariño y dichas
Brillar miró la refulgente estrella;
Allá á su lado las funestas horas
Que al alma envuelven, de amargura llenas,
Tranquilas y dichosas las pasaba

Dulces volviendo mis amargas penas.
Con ella, los pesares no temía;
Ella, la noche con sus sombras negras,
Para mí la tornaba día claro
Dándome luz con su mirada intensa

III.

Mas ¡ay! que un día su desden horrible
Robó á mi corazón la vida entera;
Y dándome dolores y amarguras
Su amor cambió por desengaño y penas.
Desde entonces miróme indiferente,
Y desde entonces mi fulgente estrella,
Trocándose en fantasma funerario,
Siempre me sigue con su faz horrenda;
Y desgarrando sin piedad mi pecho
Me dá la muerte agonizante y fiera;
En vano exhalo mi postrer aliento,
Clemencia imploro, pero vanas quejas
Se escuchan por los aires despreciadas
Que vá la muerte á devorar su presa

IV.

Ror ti mujer entre desdichas muero,
Siento helarse la púrpura en mis venas,
Pues tu desden me arrebató la vida
Vengarme quiero... ¿mi venganza esperas?
Voy pues á proferirla, mas... ¿dónde, acaso
El pecho noble la venganza encierra?
Si tú, insensata, mi pasión olvidas
Y amor en otro cual el mío encuentras,
Si á su lado te miras mas dichosa...
Sé feliz, muy feliz aunque yo muera;
Que allá en la loza que mi cuerpo cubra
A Dios, testigo de mi pena inmensa,
Perdon demande para tí, y acaso
Oirá mi ruego ardiente su clemencia.
Que al despertar del sueño de mi muerte
Quiero mirarte en la mansión eterna.

José Arturo Poggio.

EL CONDE DE MOLLERUCA.

(Continuacion.)

—¡Maldito seas! murmuró el moribundo. Alá no te deje vivir tranquilo en el goce de tu traicion.

Osmin saltó por encima del cadáver del último rey sarraceno de Lérica, y corrió en defensa de aquella que fuera causa de su apostasia, y ahora de su conversion.

La esclava que Giafar habia vendido á Osmin, era en efecto la noble Arsenda de Queralt, desposada con Arnoldo, y despues mujer de su hermano Armengol. La hermosa condesa de Urgel habia encontrado á su primer marido en el jóven visir, y todas las que hayan sentido un primer amor podrán juzgar sus sentimientos en aquella situacion. Empero la jóven barcelonesa era cristiana, y habia sido madre; dos lazos indisolubles, dos obstáculos que ponian una barrera fatal entre Arsenda y Osmin. Entregada ella á todo el dolor de sus penas ignoraba todavia la muerte de Armengol, y la conversioe del renegado.

La celosa mora entró en el aposento en que dormia Arsenda, dando gritos y blandiendo el punal. Al despetar la condesa, se encontró con las miradas sangrientas de un rostro pálido, y vió un cuchillo amenazador en la mano de aquella fantasma. La infeliz hizo la señal de la cruz, creyendo era una vision del maligno espíritu; mas la pricensa exclamó tirando violentamente del brazo á la dormida;

—¡Soy la esposa de Osmin!

—¡Dios mio! pronunció á duras penas Arsenda.

—¿Y tú quien eres?

—¡Perdon! sstoy turbada balbuceó la condesa.

—¡Perdon! gritó con frenesi la mora; ¡no ha tenido lástima de mi dolor! ¡no ha perdonado á mi padrel á todos nos ha vendido el traidor.

—Señora; dijo la cristiana postrándose en el suelo casi desnuda, yo no os he hecho daño alguno.

—El te ama.

—Soy esposa y madre.

—¡Tambien hay perjuras entre vosotras!

—Volvedme á mi madre y á mi esposo, y os bendeciré toda mi vida.

—Tu esposo ¿como se llama?

—Armengol de Urgel.

—¿Es él á quien amas?

—Una mujer cristiana solo puede amar á su esposo; una madre solo ama al padre de sus hijos.

—¿Y á él no le amas?

—¿De quien hablais, señora?

—Nazarena, tratas de alucinarme en vano. Hablo de Osmin.

—¿Y me creis capaz de amar á un infiel?

—Ha sido tu amante.

—Es cierto: mas los lazos que pudieran unirme con Arnoldo no tienen fuerza alguna por lo que respeto á un musulman. Al renegar de su fé mi primer esposo murió para mi y para su familia. Viuda al pié del altar por haber creído difunto al conde de Molleruca, he sido despues esposa y madre.

—Eres viuda por segunda vez.

—Me engañais, señora.

—El conde de Urgel ha venido á la corte de mi padre para reclamaros ...

—¡Armengol ha sido asesinado! balbuceó Arsenda.

—Conspiraba y ha sido castigado.

—Ha muerto por mi, murmuró en vos baja la condesa.

—Y ahora esperas sin duda al traidor para huir con él despues que nos haya vendido á nuestros enemigos.

—¿Seguir al matador de mi esposo? ¿A un fraticida; ¡ah! Arnoldo se habrá vengado.

—Si; y para reconciliarse con los nazarenos entregará la ciudad á las tropas del conde rey.

—Dios le perdone, exclamó Arsenda.

La mora no comprendió el valor de aquellas palabras.

—Dios no puede perdonarle.

—Os esquivocais, señora: el Señor, que murió en una cruz para la salvacion de los hombres todo puede perdonarlo.

—¿Todo? preguntó afanosa la princesa, ¿y tambien un fraticidio, una traicion, un perjurio, una ingratitud y una doble apostasia?

—Todo, respondió con sencilles la jóven cristiana.

—Pues si la religion de los nazarenos deja impunes tanto crímenes, Alá y el Profeta mandan sean castigados los traidores.

—¿A quién castigareis, señora?

Continuará.

J. Fernandez.

Seccion Doctrinal.

(CONTINUACION).

El velo blanco.

Tú sabes ese santo decálogo; yo te lo he explicado otras veces; sin embargo, al ir á leer en el libro de tu conciencia para examinar tus faltas, eso es lo primero en que debes recordar. Despues, Luisa mia, es preciso que te retires donde tranquila y libremente puedas dedicarte á hablar un instante contigo misma, sin que en nada puedan turbar tu pensamiento las vanas frivolidades de la vida.

—¿Yo sola?

—Sí, porque como á nadie has decir tus culpas, como este es un eterno secreto entre el ministro del Señor y tú, como además las has cometido tú misma, ocultándote siempre de que otro te vea, como en la conciencia solo puede penetrar la mirada de Dios, nadie debe, hija mia, prestarte ayuda en esta santa tarea.

—Pero ¿podré hacerlo muy pronto, es verdad? si no me cansaría de estar así retirada.

—La salvacion de nuestra alma, que es inmortal, debe interesarnos más que todos los cuidados de la vida, que es frágil y perecedera. Sin embargo, ¿tú que sabes que para la eleccion de un traje, para los preparativos de una diversion, para una cosa cualquiera, sin interés ni trascendencia, se piensa y se reflexiona antes, ¿vas á preguntarme si deberás dedicar á tan alto fin algunos minutos más ó menos!

—¡Oh! es verdad! perdone V., no habia reflexionado en ello!

—Sigamos, ¡hija mia! Al verte sola, pues, elevas tu mente á Dios, y con una breve plegaria le ruegas que dé luz á tu pensamiento para distinguir con claridad el bien y el mal en que empleas tu vida; y no temas engañarte, Luisa mia, por que una voz en el fondo de tu conciencia te dirá siempre la verdad.

Despues vas repitiendo los mandamientos de Dios, uno por uno, y recordando á cual de ellos, has faltado.

—Yo creo que no podré.

—¿Cómo! ¿por qué?

—Porque se me olvidarán muchas cosas.

—Hay un medio muy fácil de que eso no suceda.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Todas las noches, despues de rezar al ángel de tú guarda y á la Santa Virgen, amparo de los niños, repasa en tu memoria las horas del pasado día.

—¿Y bien?

—Piensa lo malo que has hecho en ellas y ponlo en un lado de tu memoria, del mismo modo que al tomar en tu mano un ramo de flores irias separando las marchitas y deshojadas de las aromadas y frescas.

—Bien, eso lo comprendo fácilmente.

—Las buenas acciones, las virtudes se las presentas á

Dios, puesto que á Él se las debes y por Él las has hecho y las malas, los pecados, los conservas en la memoria para cuando llegue la hora de confesarlos y de alejarlos enteramente de tu alma. Así, día por día va amontonando el jardinero las hojas secas y caidas en tu jardín, para luego arrojarlas y dejarle hermoso, encantador y perfumado!

—Sí, eso es; y así recordando lo malo que hago todas las noches, lo tendré presente facilmente, cuando vaya á examinar mi conciencia para hacer la confesion.

Otra ven-aja hallarás en esto, Luisita.

—¿Otra ventaja?

—Y tan grande, que ella te conducirá suavemente á la senda de la perfeccion.

—Oyela, pues, contemplando cada noche tu conciencia en el espejo de tu pensamiento, sabrás, hija mia, si te codigies de tus faltas ó te abismas mas en ellas. Por ejemplo, si ayer faltaste á la verdad dos veces, y hoy una sola, te has enmendado de este vicio, y eres mas buena y menos menirosa, por lo cual debes estar satisfecha y dar gracias á Dios. Si por el contrario, ayer faltaste una vez al respeto de algun anciano ó de tus padres por desgracia, y hoy has faltado dos, entonces hija mia has retrocedido en el buen camino, y debes affigirte y proponerte remediarlo.

—¡Oh! yo desde hoy lo haré de ese modo todos los dias de mi vida.

—Esa es la práctica mas sencilla y mas necesaria para un cristiano.

II.

El primero de los mandamientos es «amor á Dios sobre todas las cosas:» ¿le amas tú así, hija mia?

—Yo... sí; le quiero, cuanto puedo quererle, pero, ¿como no le veo!

—El amor que debemos profesar á Dios no se parece en nada al que nos inspiran las demas criaturas. Es un amor puramente del alma; amar á Dios es desear hacer su voluntad, es no ofenderle nunca, es cumplir sus preceptos, es huir del mal, es amarle en nuestros padres en nuestros mayores, en nuestros hermanos, y sobre todo en los necesitados? Si con una palabra ó con un pensamiento ofendes á los que te han dado la vida, no amas á Dios. Si cuando el infeliz mendigo llega á tu puerta en demanda de una limosna, le respondes con altives ó desvío, si gozando tú de lo superfluo no le das á él algo de lo necesario, si no eres caritativa, en fin no amas á Dios. Si eres orgullosa y no humilde, vanidosa y no modesta, voluntariosa y no obediente, entonces, hijo mia, entonces no amas á Dios y faltas á los deberes que te impone el primero de sus mandamientos

Continuará

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de «La Madre de Familia.» Barro 45.